

APUNTES

— 29 —

1.º de Setiembre de 1936

Guillermo Pinaud Jiménez

Corazón noble, en el dolor, de acero...
De ánimo firme y varonil prestancia:
para el fuerte fue lleno de arrogancia,
para el débil, hermano y compañero...

Avido de horizontes, el viajero
se embriagaba de azul y de distancia:
amaba el suave hechizo y la fragancia
de la exótica flor junto al sendero...

Su alma, ave de luz, siguió la estela
de algún viaje ideal, como la vela
que el viento impulsa en incesante empeño...

Y de pronto truncóse su destino:
sólo la muerte tuvo en el camino
alcázar de ilusión para su sueño!...

RUBÉN YGLESIAS HOGAN.

Este soneto fue dicho por su autor ayer tarde en el Cementerio de esta ciudad en el acto de inhumar los restos de don Guillermo Pinaud Jiménez, fallecido trágicamente en Hamlet (Carolina Norte) el 15 de julio de 1936, a la edad de 23 años.

La Tribuna, martes 28 de julio.

Más vale morir que quedar lisiado

Por J. C. Furnas

De «Cómo evitar la Muerte Repentina». New York, 1936.

Apostar al 36 de la ruleta, jugar a la lotería y tomar una curva a gran velocidad, en automóvil, son actos que equivalen a arriesgarse. Pero hay alguna diferencia entre ellos. Si sale el 36, se cobra la apuesta, multiplicada. Si se saca úno el gordo, enriquece por unos cuantos pesos. En cambio, al entrar en la curva, es úno mismo quien se «juega» sus propios huesos, su carne y su sistema nervioso, *contra* el coche que viene en sentido contrario: está apostando todo cuanto la vida significa.

¿Y sabe úno contra quién apuesta? Contra la muerte, por supuesto; muerte violenta y desgarradora. Pero la mayoría no muere. A la mañana siguiente los diarios informan que varias personas están «gravemente heridas»; frase tan usada que el empleo constante la ha despojado de toda significación. Un médico parchará a la víctima, la dejará como nueva; la compañía de seguros pagará la póliza y asunto concluido.

El médico, si puede, reintegrará los pedazos. El cuerpo humano, auxiliado por la cirugía moderna, se recupera asombrosamente pronto; pero la carne y la sangre, cuando sufren un ataque brutal de un accidente automovilístico, adquieren la desagradable costumbre de vengarse en su dueño que las expuso al mal trato. Si tiene úno suerte, muere instantáneamente o se cura sin ninguna complicación; pero si no la tiene, empieza a saber que una calamidad nunca viene sola.

No iban más que a 90 kilómetros, al entrar en la ligera curva; pero la fuerza centrífuga los había arras-

trado unos centímetros más allá del centro del camino, y el tipo que venía en sentido contrario corría como bala. Fue uno de esos choques angulares, de tope, en que el carro que va más despacio sale disparado oblicuamente y va a clavarse en la barranca. Dos pasajeros, inconscientes, sangrantes, han sido recogidos rápidamente por la ambulancia. Ya iban a partir cuando el policía descubrió al tercero.

Estaba doblado como una vara rota por la mitad, y encajado en la estrecha ventanilla trasera del coche estrellado, con la cabeza entre las rodillas. No se atrevieron a enderezarlo en el camino al hospital. Estaba vivo y despierto; la mejor prueba de ello es que trató de apoderarse de la pistola del policía, para matarse. Sabía que tenía rota la espina y prefería morir antes que lo tocaran.

El cirujano de la ambulancia también lo sabía, pero cuando le arrancaron las ropas, retrocedió horrorizado. Era uno de esos casos que los maestros de Medicina muestran a los estudiantes de primer año, para templar su carácter. La espina estaba a flor de piel, doblada en ángulo agudo, y la punta pelada había atravesado la epidermis, como una horrible cola de hueso.

Gracias a los doctores, ese hombre vive aún. El doctor comenzará por decirnos que es una fortuna que sobreviva un hombre con la espina rota; pero luego se detendrá a pensar si en realidad es una fortuna la de su paciente. Lo han operado 25 veces. Sufre sin cesar agudos dolores y está parálítico de la cintura para abajo. El año pasado lo dejaron jugar *poker*, sentado en un sillón, con algunos viejos amigos, toda una noche, como solía hacerlo antes de rebasar el centro del camino al tomar la curva. Estuvo tan animado que casi olvidaron que era un

hombre semimuerto, que era la mitad de un muerto. Pero volvieron a recordarlo cuando uno de los jugadores, al sentir algo pegajoso bajo sus pies, se asomó y vió un charco de sangre debajo de la mesa. Un hombre grueso sentado toda la noche en un sillón pesado, le había estado triturando un pie, sin que él lo sintiera.

No todos mueren, pero muchos lo habrían preferido. Y puesto que la medicina no acepta la eutanasia, no sería malo perfeccionar la aptitud asesina de los automóviles, para que realizaran mejor su terrible obra.

Aquella víctima sólo lleva cuatro años así, pero quizás apenas comienza. Hay casos en que gentes con la espina rota han permanecido inmóviles, rebeldeamente vivas, durante quince años. Todo lo que puede ocurrir es que vuelvan a llevárselos a la mesa de operaciones, para intentar, una y otra vez, una operación sin esperanzas. El choque producido por el accidente es una muralla entre ellos y la vida, que los aísla, que los encierra en una masa de carne fofa que insiste en vivir sin ellos.

A veces las víctimas pagan su propia apuesta. El invierno pasado se halló a una mujer de treinta años envenenada en su habitación. Todos los espejos estaban estrellados y el cesto de los papeles lleno de fotografías hechas trizas: de cuando era una linda niña, una hermosa muchacha, una bella mujer. Nadie se sorprendió, en su sepelio, de que no permitieran ver su rostro: todos sabían que no tenía cara.

Había ingerido veneno, porque un cirujano más le había dicho que nada podía hacer. Un año antes había tomado una curva a toda velocidad, había chocado contra un muro de piedra y había salido disparada, por el parabrisa. Los cristales habían desga-

rrado los músculos de sus mejillas, desollando su frente, rebanando su nariz. Los cirujanos hicieron cuanto estuvo en su mano, pero las cicatrices acabaron lo que comenzaron las heridas. Tuvieron que darle un espejo cuando le quitaron las vendas. Sólo una vez se asomó a él. Aquella mirada a la máscara inexpresiva, rojiza, plegada, rugosa, detrás de la cual tendría que vivir, amenazaba su lucidez, y prefirió tomar el camino más corto.

Otros no se suicidan porque no saben qué sucedió. Tres jóvenes, después de tomar unas copas, fueron a «correr» y chocaron contra un árbol. El más afortunado se dislocó los hombros: no puede alzar los brazos; la chica murió instantáneamente, con el cuello roto. Y su novio no se ha enterado de nada porque nunca ha recuperado la razón. No sabe ni cómo se llama ni si tenía novia.

Lo cuidan lo mejor que pueden. Las tablas de los progresos logrados, que lleva el médico, son más interesantes cada semana. Desde «sonríe débilmente sin razón», llegan hasta consignar que «musita palabras ininteligibles», o que tiene «largos periodos de aparente insensibilidad». Sólo muestra interés, cuando llegan sus alimentos. Alguno tiene que ponérselos en la boca, para impedir que los derrame si lleva sus manos al plato, pues no logra atinar con su boca.

Estos casos pueden dar una ligera idea de la venganza que puede ejercer contra su dueño, un organismo destruido por un accidente automovilístico. La fractura de la base del cráneo y su repercusión en el cerebro y en la médula espinal pueden afectar todo el sistema nervioso y destruir todas o muchas de las facultades humanas, aun cuando sobreviva la víctima.

No se necesita que una astilla de cristal desgarre el ojo, para cegar; basta un golpe que dañe la región

correspondiente del cerebro. El nervio auditivo puede sufrir tanto como el óptico, o bien la mandíbula fracturada encajarse en el oído interno y destruirlo, y quedará úno ciego y sordomudo para toda la vida. La lengua puede paralizarse de modo que no vuelva a pronunciar palabras inteligibles, ni tragar. Las repercusiones del momento del choque pueden ser una sentencia perpetua de ceguera, jaquecas enloquecedoras, sacudimientos epilépticos, mareos, parálisis parcial—de todo un lado o de determinado miembro—o parálisis del diafragma, de modo que durante todo el resto de la vida, que puede ser larga, la víctima tenga que permanecer acostada y luchando por respirar.

Y puede no suceder esto inmediatamente. El sistema nervioso suele tomarse algún tiempo y atacar cuando le viene en gana, produciendo pérdida de la memoria, pérdida de la coordinación física o cualquier otro trastorno. Una mejoría rápida y aparente no significa siempre que los nervios hayan olvidado todo lo ocurrido.

Estas son las cosas que hacen a la gente dudar y pensar si no valdría más morir que quedar lisiado. En cuanto a las repercusiones secundarias que en los demás tienen los accidentes, no es preciso ser médico para imaginar lo que ocurre cuando el sostén de la familia queda parálítico para toda la vida; cuando una esposa comienza a torturarse con la sospecha de que las cicatrices imborrables de su rostro no pueden dejar de disgustar a su marido; cuando un hijo único se ve reducido a la condición permanente de idiota, a consecuencia de que a su padre le gustaba ir demasiado aprisa, cuando manejaba.

Lo malo es que quienes han perdido en esas apuestas contra la muerte o contra el azar, no se hallan muy a la vista. Los muertos van a dar al sepul-

cro. Los muertos-vivos se ocultan en manicomios y en hospitales de incurables. Y las mujeres con el rostro mutilado sin remedio, tienen buen cuidado de no exhibirse.

De *Síntesis*, de México.

Crónicas de Domingo Ramos

Viaje a Costa Rica

(Continuación)

Consagración del Sr. Thiel.

Al Seminario le tocó desempeñar el coro el día de la consagración de Monseñor Thiel.

Para esa fiesta compuso Monestel un *Ecce Sacerdos* que debíamos cantar cuando los sacerdotes desfilan delante del nuevo Obispo ya consagrado, para besarle el anillo.

Tenía un solo con notas altísimas, pues a Monestel le gustaba saber hasta donde podía yo subir la voz.

Como a los coristas nos tocó cantar no sólo la misa sino las letanías mayores, yo estaba cansadísimo cuando llegó la hora de cantar el *Ecce Sacerdos*. Entonaron los seminaristas el canto, y cuando llegó el solo, pude cantarlo, pero haciendo un esfuerzo supremo. Terminó el canto y no habían desfilado ni la mitad de los sacerdotes presentes, y se dijo que teníamos que repetirlo; yo le dije al maestro de capilla de la Catedral que tocaba el órgano y era español: (1)

(1) Don Eladio Osma.

—Imposible que yo pueda cantar el solo, pues con seguridad voy a desafinar.

—Nada, Sinisterra, me dijo, cántelo sin miedo, que si yo veo que va a fallar, le cubro con el órgano la voz para que nadie note. Afortunadamente pude repetir el solo, sin desafinar en las notas altas, sobre todo en la más alta, que tenía un calderón en el cual debía sostener la nota lo más posible, y pude. El maestro de capilla me felicitó.

Todavía faltaba un *Qui in diebus suis* compuesto por el mismo Monestel, el cual tenía yo que cantarlo al final de la ceremonia, con Manuel Monge. En la mitad del versículo me dijo Monge: Ya no puedo más, sigue tú solo, y tuve que terminar el canto yo solo, sin que ninguno de los otros coristas pudiera ayudarme, pues ese himno lo habíamos ensayado Monge y yo únicamente.

En carta que me escribió Manuel Monge más tarde me recordaba ese incidente que yo había olvidado y terminaba diciéndome: «Algo me sucedió en la garganta, comenzó el cambio de mi voz y ya no canto más». (1)

Igual cosa me sucedió a mí poco después, porque cuando fui al Seminario de Popayán ya mi voz no servía para nada.

En el canto tenía yo un rival que no figuraba entre los coristas. Era Juvenal Arias, quien después fue lazarista y estuvo en esta ciudad y al regresar a Costa Rica murió en Buenaventura de fiebre amarilla.

No tenía buena voz, pero como su tío don Pedro Arias era maestro de capilla de la Iglesia de La Mer-

(1) Don Manuel Monge, muerto ya, trabajó largos años en la Secretaría de Educación Pública. Fue Ministro durante la Presidencia de don Federico Tinoco.

ced, había recibido lecciones de música con su tío. Además el rector lo quería y lo distinguía mucho.

En la última distribución de premios que pasámos en el Seminario se iba a dar un premio de ejecución de canto. El rector quería que se le diera a Juvenal Arias, pero el cuerpo de profesores, que lo componían los presbíteros Bret, Saguet, Marino y Gamarra, unánimemente dijo que me correspondía a mí y me lo adjudicaron.

La distribución de premios.

Las distribuciones de premios del Seminario eran concurridísimas, pues llamaban mucho la atención los cantos que siempre resultaban espléndidos.

En un año se ensayó por más de tres meses un canto complicadísimo en francés, que se llamaba «Les Lauriers». Tenía coros a cuatro voces, dúos y solos de bajo, de barítono, de tenor y contralto. Para poder ejecutarlo hubo que darle el solo de bajo a don Pedro Arias y uno de los solos de tenor a un francés de apellido Homasel, que tenía un hijo en el Seminario y poseía una bella voz de tenor muy suave.

Recuerdo que el canto empezaba así:

Gais compagnons,
Chantons, chantons;
Chantons la gloire
De la victoire.
Laissez vos coeurs,
Heureux vainqueurs,
Batre d' amour
Dans ce beau jour.



En una distribución llamó mucho la atención otro canto en francés llamado *La Retraite*. Ese canto simulaba una retreta que se iba acercando y luego alejándose hasta que ya no se oía nada. Se oían los redobles de los tambores, el sonido de las cornetas, etc. La ilusión era perfecta.

Los que tomábamos parte en el canto no nos dábamos cuenta de ese efecto, pero el padre Gamarra cuando ya estaba bien ensayado, nos hizo oír de lejos y por turno el conjunto y nos pudimos dar cuenta de que la ilusión era maravillosa.

Lo más curioso fue que como el canto empezaba con un coro pianísimo, el público que no oía que ya habíamos empezado y sólo veía el movimiento de la batuta del que nos dirigía, se figuró que nos habíamos pelado y no habíamos podido empezar.

El principio del canto era simulando los tambores lejanos, luego tomaban parte las cornetas, y cuando ya la retreta pasaba, el coro decía:

De la retraite, voici l'heure,
Allons troupiers. Allons troupiers,
Il faut rentrer au quartier;
Le conscrit maladroit
Qui trop longtemps demeure
Et laisse passer l'heure
Sera puni par son sous-officier.

Una salva de aplausos interrumpió el final lejano de *La Retraite*.

Han pasado más de 50 años y todavía recuerdo casi toda la letra y la música de esos cantos y de otros muchos que cantábamos en la capilla en el mes de María o en alguna otra fiesta.

Una insubordinación en el seminario.

La comida del seminario no era tan mala; en todo caso era abundante.

Yo les tenía odio a los frisoles; así es que a pesar del apetito con que íbamos al comedor, cuando ponían frisoles ni siquiera los probaba. Tenía como vecino de mesa a un muchacho Vargas a quien le decíamos *tío tigre* y gozaba de un apetito feroz. Así, pues, cuando ponían frisoles, yo le pasaba mi plato y se lo comía con el mismo apetito con que se engullía el suyo.

Una noche a la hora de la merienda, que era a las 7, bajé al comedor con más hambre que un perro callejero y dije para mis adentros: «Esta noche aunque sean frisoles lo que sirvan, me los como.»

Efectivamente, sirvieron frisoles de unos muy apetecidos allá, que llaman cubaces. Era tanta el hambre que tenía, que me los comí y me parecieron excelentes. El que salió perdiendo fue *tío tigre*, porque desde ese día seguí comiendo frisoles y no le cedía mi plato, que hoy es un plato que me gusta mucho.

Por la tarde antes del recreo de las 4, nos daban una fruta: naranjas, rebanadas de piña, bananos, etc. Cuando salíamos del estudio había en la puerta dos sirvientes que iban repartiendo las frutas y continuábamos en formación. Luégo daban la señal de romper filas y empezaba el recreo.

Establecieron darnos como fruta plátanos comunes maduros. Es sabido que esos plátanos no se pueden comer así crudos y más cuando no están bien maduros o resultan corazonudos.

Casi nadie los comía e iban a dar a los cajones que ponían para botar las cáscaras.

No sé quién fue el de la idea de protestar en

alguna forma, y se resolvió por unanimidad que si al día siguiente nos daban plátanos crudos nadie los comería. Mientras daban la señal de romper filas, los pelaríamos, y con la cáscara en una mano y el plátano en la otra, al dar la señal de romper filas, empezáramos una formidable guerrilla, y así se hizo.

Los vigilantes fueron los primeros a quienes acometimos y después la emprendimos unos contra otros. Cuando el portero Monsieur François sintió el bochinche, abrió la puerta y se asomó al patio; los que lo vieron cargaron contra él y tuvo que cerrar la puerta, no sin haber recibido unos cuantos platanazos, que ya estaban arrastrados y sucios, pues del suelo los alzábamos para continuar el combate.

El rector se dió cuenta de que algo extraordinario estaba pasando y salió al corredor del piso alto; cuando vió el combate empezó a gritar, pero nadie lo oía; entonces tocó la campana y se dieron cuenta los muchachos de su presencia, pero en lugar de intimidarse cargaron contra él y lo hicieron tocar retirada.

Después del combate, las paredes del piso bajo estaban hechas una porquería y con los rastros de los platanazos, etc. La sotana del vigilante Guevara y la del rector no salieron muy bien libradas de la refriega.

Todos creímos que el rector nos iba a meter un regaño monumental e imponer algún castigo extraordinario; pero habló con el vigilante Guevara y éste le manifestó el motivo de la protesta. Probablemente el rector vió que teníamos razón y desde ese día no volvieron a darnos plátanos crudos.

Una Misa Pontifical.

Por primera vez iba a celebrar de pontifical el nuevo obispo de Costa Rica, monseñor Bernardo Augusto Thiel, el 24 de diciembre de 1880, en la Catedral.

El seminario estaba en vacaciones y algunos de los padres lazaristas que lo dirigían estaban pasando los asuetos en el pueblo de San Isidro.

A algunos de los seminaristas residentes en San José, a mi hermano Jorge y a mí que permanecíamos en el seminario, nos comprometieron para que sirviéramos de acólitos en la misa pontifical. Previamente nos ensayó las ceremonias de la misa pontifical el padre Jenaro Marino. Nos hicieron sobre medidas unas sotanas de paño rojo y los roquetes respectivos. El día de nochebuena a las 11 de la noche nos fuimos para la catedral y ya revestidos esperámos la hora de la misa que era a las 12.

La misa resultó espléndida y nosotros desempeñámos cada uno el papel que nos correspondía, con toda precisión; a uno le tocaba llevar el báculo, a otro la mitra, a otro la palmatoria, etc.

Mr. François tenía orden de abrirnos la puerta cuando regresáramos de la misa, pero cuando regresáramos al seminario se nos ocurrió irnos a pie al pueblo de San Isidro donde estaban los padres superiores.

Había una luna espléndida; al pasar por los ranchos que había a lo largo del camino, infaliblemente salían a saludarnos los perros de la casa.

Nosotros no lleváramos ni un palo con qué defendernos de las acometidas de los perros y los ahuyentáramos tirándoles piedras.

Ya habíamos andado la mitad del camino cuando

reflexionámos que tal vez a los padres no les haría gracia la sorpresa que pensábamos darles y mucho menos les gustaría a los padres cuando al día siguiente se dieran cuenta de que no habíamos dormido en el seminario; así pues, resolvimos devolvernos.

Ya eran como las tres de la mañana, y unos querían que le tocáramos a Mr. François explicándole lo que había ocurrido y pidiéndole que nos guardara el secreto. Otros queríamos que entráramos al seminario por una tapia baja que había en el patio de recreo y la cual daba a la calle.

Esta última resolución, que fue por la que optámos, tenía el inconveniente de que podría cogernos el sereno escalando la tapia y entonces pasaríamos un mal rato y se descubriría nuestro escape.

Entre los que íbamos estaba el mayorista Ignacio Guevara, quien naturalmente vestía sotana y sería nuestra salvaguardia si nos cogía el sereno; así es que sin vacilar escalámos el muro y caímos al patio de recreo. Para entrar al seminario menor teníamos que entrar por el mayor, pues el pasadizo de la planta baja estaba cerrado.

Llegámos al pie de la grada que era de madera, así como los pisos del entresuelo. Resolvimos quitarnos el calzado y subir en medias para no hacer ruido.

Al subir la grada estaba el cuarto del hermano Solano, que había sido nuestro condiscípulo y era el que se levantaba a las 4 a. m. para llamar a los padres.

Estábamos subiendo la grada a pasos de gato y con el calzado en las manos, cuando sonó el despertador del hermano Solano y vimos que éste tenía ya luz en su cuarto, y a ese tiempo abrió la puerta por cuyo frente teníamos que pasar.

Ignacio Guevara vió que no había más recurso que poner en autos de lo que pasaba al hermano Solano, y así se hizo. Entonces convinimos en que él nos conduciría hasta el seminario menor yendo delante de nosotros y pisando duro para que no se fueran a oír nuestras pisadas.

El hermano Solano al llegar al cuarto de cada uno de los padres tocaba diciendo:

—*Benedicamos Domine.*

—*Deo gratias*, contestaba el padre, y Solano seguía su camino.

Así llegámos a nuestros dormitorios y al día siguiente nos levantámos tarde, porque estábamos exonerados de ayudar a misa ese día.

Era natural que Mr. François se diera cuenta de que no habíamos entrado por la portería y no se explicara cómo habíamos amanecido en nuestros dormitorios.

Convinimos en el plan de hacerle creer que él, medio dormido, nos había abierto la puerta. Al día siguiente se encargó Guevara de esa misión y con gran trabajo convenció a Mr. François de que nos había abierto la puerta, y quedó más convencido cuando cada uno de nosotros confirmámos el dicho de Guevara.

Pas possible! Pas possible! nos decía cuando le asegurábamos que nos había abierto la puerta. El único que conoció esta historia fue el hermano Solano, quien supo guardar el secreto.

El himno nacional de Costa Rica.

Hacía bastante tiempo que el señor Manuel María Gutiérrez, gran violinista herediano, padre de uno de nuestros condiscípulos, había compuesto el himno na-

cional de Costa Rica, el cual fue adoptado por el Gobierno.

Dicho himno no tenía letra, de manera que en las fiestas patrias y en las ocasiones solemnes, lo tocaban las bandas de música o las orquestas, pero no se cantaba.

En el seminario mayor de San José teníamos un poeta, el cual compuso la letra de varios de los himnos que en diferentes festividades se cantaban en el seminario.

Para una distribución de premios compuso la letra para adaptarla a la música del himno nacional, que empezaba así:

«Cantaré de la Patria querida,
el honor, libertad y esplendor,
con el alma de júbilo henchida,
cantaré de la patria el amor».

Ya una vez compuesta la letra del himno nacional por el mayorista, después sacerdote, Juan Garita (q. d. D. g.) se cantaba en todas las fiestas del colegio y todos los alumnos la sabíamos de memoria. Posteriormente compuso el señor José María Zeledón la letra del himno nacional oficialmente adoptada y con ella se canta dicho himno.

Aquí se canta en San Francisco los días de primera comunión o en las comuniones solemnes un himno que cantábamos en el seminario, en igual ocasión. Yo no sé cuál es el autor de la música, pero la letra sí fue compuesta por el mayorista Garita y empieza así:

«El Dios de amor, mi dulce bien ansiado,
habita en mí, Jesús, habita en mí,
le doy mi amor, le abrazo enajenado,
pues nada ya nos podrá desunir».

No sé quién trajo a Cali ese himno que ya es muy conocido aquí y lo cantan a veces en coro todos los concurrentes, pero sin saber quién es el autor de la letra.

El General Tomás Guardia.

En la época en que estuvimos en Costa Rica era Presidente de la República (o mejor dicho dictador) el general Tomás Guardia.

Muy pocas personas sabrán cómo subió a la Presidencia Tomás Guardia.

Cerca del palacio presidencial quedaba el cuartel de artillería, que tenía un gran patio y pesebreras para los caballos de servicio. Allí acostumbraban darle a las bestias de pesebrera pasto picado que lo llaman *guate*. Naturalmente todos los días llevaban al cuartel una o más carretadas de guate; las carretas que eran tiradas por bueyes iban cargadas con el pasto acomodado de tal manera que formaba una pirámide de más de metro y medio de altura.

El Plan de la revolución fue armar unas carretas simulando que iban repletas de pasto, para lo cual hicieron armazones para colocar sobre ellas el pasto, de manera que toda la carreta quedaba como una bóveda.

Los proveedores de pasto eran conocidos y siempre los mismos, de manera que cuando llegaba el guate, abrían las puertas del cuartel y las carretas entraban al patio.

Arregladas convenientemente las carretas, los 20 o 30 revolucionarios se metieron dentro de ellas armados, y una vez dentro del cuartel, se apoderaron por sorpresa de la guardia.

Ya tenían todo listo y fijado el día para dar el golpe, cuando uno de los revolucionarios dijo a sus compañeros:

—En Alajuela hay un mulatico, Tomás Guardia, que es muy valiente y tiene dos hermanos, Víctor y Francisco (que después fueron también generales), que nos pueden ayudar.

Al poner en autos del plan a Tomás Guardia y proponerle que les ayudara, éste les contestó:

—Entro en la conspiración con mis hermanos, pero yo seré el Presidente de la República.

Esto ocurría la víspera de dar el golpe y tuvieron que aceptar la condición propuesta por Guardia, pues al no entrar éste y sus hermanos, podían delatarlos.

El plan se efectuó como se había planeado. Ocuparon el cuartel sin un tiro y apresaron al presidente titular.

Así subió Tomás Guardia a la Presidencia de la República en 1870; después se declaró dictador y gobernó a Costa Rica hasta 1882. (1)

Muchas revoluciones hicieron para tumbar a Guardia, pero él debía de tener un espionaje bien establecido, porque siempre se descubrían los planes antes de estallar.

(1) Oigamos aquí las palabras del ilustre historiador y ex-Presidente de la República don Cleto González Víquez:

«Refiere la tradición que los enemigos del Presidente Jiménez, buscando un hombre de acción para jefe militar que organizase y dirigiese el plan insurreccional, pensaron primero en el General Blanco, y que habiendo éste, se excusó por razones de mala salud, pero les sugirió como la persona más adecuada y a propósito para el lance al entonces Coronel Guardia. Y como ese parecer fue el mismo de varios sujetos a quienes

Una conspiración.

El general Víctor Guardia era muy parecido a su hermano Tomás.

El presidente de la República acostumbraba los domingos ir a la misa de la tropa que decía el capellán del ejército presbítero Chico Calvo; a la misa asistía el batallón de infantería vestido de gran parada y el presidente ocupaba su solio en el presbiterio, frente al solio del obispo.

Tuvo denuncia el presidente de que iba a efectuarse un atentado contra él en plena misa, y entonces sin poner en autos a su hermano Víctor, le dijo que asistiera a la misa en su lugar, y así se hizo.

No se sabe si los del atentado se dieron cuenta de la sustitución o si no era cierta la denuncia que recibió el presidente; el hecho fue que no hubo tal atentado. En todo caso, el general Tomás Guardia

conversaron del intento, los Montealegres decidieron invitarlo y lo hicieron venir de Bagaces en donde se hallaba refugiado. Aceptada la tarea, Guardia se ocupó de organizar la parte militar de la revolución, escogiendo gentes adictas a él y de su confianza. Los promotores civiles se conformaron con el resultado único de botar a Jiménez y señalar como Presidente Provisorio a Carranza, y no repararon en que entregar la fuerza pública y el armamento a un hombre audaz, ambicioso y astuto, equivalía a echarse un amo. Así resultó, para castigo y en detrimento de los que forjaron el plan primordial: Guardia cogió el mando absoluto desde el primer momento....»

«Lo que pretendían los adversarios de don Jesús Jiménez era sencillamente tumbarlo, pero el golpe no podía brotar en los cuarteles, ya que la fuerza armada la regían, en un cuartel el Coronel Biscouby—valiente y leal como legítimo militar francés—y en el otro el Coronel don Santiago Millet Castillo—hijo de francés—que aunque no era militar técnico, sí era pundonoroso y tan valiente como su colega de la Artillería. Nada había que esperar ni que temer por ese lado, y el Gobierno, advertido de que algo se tramaba en su contra, había ordenado a los comandantes que estuviesen alerta y listos para cualquier evento. Mas hé ahí que éstos aguardaban el anunciado asalto en horas nocturnas, más propicias para una sorpresa, y que el 27 de abril, después de haber vigilado la noche anterior y creyendo que durante el día nada había de suceder, descuidaron las precauciones: Millet esa mañana, por tratarse de un sábado, se ausentó

tuvo la mejor buena voluntad de que fuera su hermano el que sufriera las consecuencias del atentado si se llevaba a cabo.

Otra conspiración.

El general Carlos Patiño vivía en Costa Rica en donde desempeñó puestos de mucha importancia. El General Guardia le tenía gran cariño y absoluta confianza.

Estaba el general Patiño de gobernador de la provincia de Liberia. No sé cómo supo que se tramaba una revolución o un golpe de cuartel próximo a estallar. Sin pedir licencia ni dar aviso al Presidente, se fué a San José y se presentó al general Guardia diciéndole:

—Necesito que me dé el mando del cuartel de Artillería por pocos días.

para su hacienda sita en San Pedro, y el Cuartel de Artillería prestó unos soldados a la iglesia de la Merced para algunas diligencias dentro del templo. La revolución vino, pues, cuando los cuarteles se hallaban desprevenidos, y con un puñado de hombres mal armados se apoderó de la Artillería. La fatalidad hizo que el Presidente Jiménez, que se dirigía al Principal, fuese apresado en la calle por los revolucionarios y llevado al cuartel que estaba en su poder, con lo cual se descabezaba la defensa del Gobierno. Fue aquel un triunfo debido, en parte, a la sorpresa y a la rapidez del movimiento, y en parte a que todo se confabuló en favor de los rebeldes. De *chiripa tirada* cuentan que calificó el doctor Montealegre, que estaba en el ajo, el éxito del movimiento, confirmado a media noche en Cartago, al firmarse un pacto entre Millet y el comandante de aquella plaza, que había levantado algunas tropas, de un lado, y del otro, el Ministro americano Mr. Blair, el Cónsul de España don Gaspar Ortuño y el encargado del Consulado de Francia, Mr. Tournon, los cuales procedían con instrucciones de los jefes de la revolución»

(Ver *Jurisprudencia*, número de febrero último.)

Otra rectificación: el Cuartel de Artillería tomado por el Coronel Guardia no fue el cuartel que conoció más tarde el autor de la crónica que estamos reproduciendo. El Cuartel de Artillería estaba situado en la manzana que fue después la «Plaza Nueva» y es hoy el Mercado Central.

Sin entrar en averiguaciones, el general Guardia le hizo el nombramiento y media hora después era el jefe del cuartel de Artillería.

El general Patiño, que ya tenía descubierto el plan, hizo reducir a prisión a los cabecillas, de los cuales uno era Rafael Iglesias, quien después fue Presidente de Costa Rica.

Cuando ya estaban presos los cabecillas y conocido el plan que quedó frustrado, el general Patiño volvió a entregar el mando del cuartel de Artillería y regresó a Liberia.

Otros colombianos en escena.

Llegaron a Costa Rica algunos de los revolucionarios de la revolución que estalló en el Cauca en abril de 1879, la cual fue debelada inmediatamente. Entre esos revolucionarios iba el conocido Federico Pizarro (Pizarrito), de Buga.

Un día, le dijo el presidente Guardia al general Patiño:

—Han llegado a Puntarenas unos colombianos en muy mala situación y los he hecho colocar en el ferrocarril de Puntarenas, que entonces estaba en construcción.

Cuando el general Guardia le dijo al general Patiño los nombres, éste le dijo:

—Esos son revolucionarios colombianos y ya verá que no tardarán en hacerle una volada. El pronóstico se cumplió, porque poco tiempo después estaban fraguando una revolución en la cual se dijo que tenían parte nada menos que el conocido Pizarrito y el general Francisco Guardia, hermano del presidente, el cual era dipsómano y le dió muchos dolores de cabeza a su hermano.

Talvez por estar comprometido en el plan el hermano del presidente, éste anduvo magnánimo con los colombianos comprometidos, pues pudieron continuar viviendo en Costa Rica y Pizarrito murió algunos años después en San José.

El general Guardia desterraba siempre a la isla del Coco a todos los que intentaban hacerle alguna revouición.

El general Guardia tenía especial cariño por los colombianos y a los que le solicitaban colocación los colocaba en el acto y en muy buenos puestos si eran personas de capacidades.

Recuerdo entre otros a un señor Posada que era un bohemio pero muy inteligente. Lo colocó con un gran sueldo como corrector de la imprenta oficial. Una vez entré a su cuarto con otro colombiano amigo de Posada, el cual estaba recostado muellemente en una hamaca. Al ver al amigo que entraba, le dijo Posada:

—Aquí ganándome mis \$ 300 sin hacer nada, y tal parece que era en efecto.

Nuestros Ministros.

En 1880 estuvo como ministro de Colombia en Costa Rica, según entiendo para arreglar la cuestión límites, el Dr. Carlos Holguín. No sé por qué el gobierno de Costa Rica no le hizo buena acogida al Dr. Holguín, quien se regresó a Colombia pocos días después de su llegada.

El Dr. Holguín estuvo de visita en el Seminario y allí tuve el honor de conocerlo. Se manifestó muy complacido al saber que habíamos seis colombianos en el seminario y especialmente mis hermanos y yo, pues el Dr. Holguín era amigo de mi padre.

Poco tiempo después llegó como ministro el doctor José María Quijano Otero, el cual tuvo mejor acogida que el doctor Holguín.

El día de su regreso a Colombia, mi tío Carlos Patiño me encontró en la calle y me dijo:

—¿Quieres ir a Alajuela? El doctor Quijano Otero se va hoy y vamos a acompañarlo hasta Alajuela varios colombianos. Anda al Hotel Pacifico que allí es la reunión.

Al llegar al hotel había varios coches que enviaba el Presidente, uno de ellos su coche de lujo. Tomámos puesto en los coches y al llegar a la estación estaba listo un tren expreso con dos vagones: uno de primera y otro en el cual había varias cajas de licores y algo de comestibles. Las libaciones empezaron desde que partió el tren hasta que llegámos a Alajuela.

Despedimos allí al doctor Quijano Otero y regresámos inmediatamente a San José continuando las libaciones.

Entre los concurrentes iban muy buenas copas, siendo uno de ellos el señor Posada, de quien he hablado antes, el cual tenía una gran facilidad para improvisar y nos divirtió en todo el viaje con improvisaciones y graciosísimos chistes.

El Padre Merceron.

Se apareció en el seminario un padre francés de apellido Merceron, muy inteligente e ilustrado. Los padres, por espíritu de paisanaje y por caridad, le dieron alojamiento.

Estaba medio chiflado y su manía consistía en creer que lo iban a envenenar, y con esa manía sufría mucho.

Comía en la misma mesa en que comían los padres. El rector les servía la sopa a sus compañeros; el padre Merceron recibía su plato, pero inmediatamente lo cambiaba con el de alguno de los comensales y lo mismo hacía con los otros platos que le pasaban servidos.

Para decir la misa no permitía que el ayudante le sirviera el vino. El llevaba las vinajeras previamente llenadas por él, en el pecho de la sotana, y él mismo se servía.

Entraba a la sacristía y tomaba del hostiario una hostia, unas veces de encima y otras de abajo. Llenaba las vinajeras, después que veía que el que iba a ayudar otra misa había llenado otras y si no, después de llenar las suyas, esperaba ver llegar otras para tener seguridad de que ni el vino ni el agua estaban envenenados.

Durante las vacaciones, a mis hermanos y a mí que nos quedábamos en el seminario, nos tocaba a veces ayudar dos misas a nuestros superiores, cuando no iban seminaristas de fuera, que acostumbraban ir con ese objeto.

El Padre Merceron me cogió cariño para que le ayudara su misa, la cual casi siempre decía en una capilla privada que había en el seminario mayor.

Un día que el Padre Merceron me llamó para que le ayudara la misa, se me ocurrió, para que no me volviera a llamar, decirle:

—Le ayudo la misa con mucho gusto y si quiere todos los días, pero con la condición de que yo le sirva el vino para consagrar y para las abluciones.

Ni me contestó siquiera y nunca me volvió a llamar, pues supongo que mi propuesta le hizo sospechar que yo lo iba a envenenar.

Mucho debía de sufrir ese padre con la obsesión que tenía.

A nuestro regreso de Costa Rica, nos tocó como compañero de viaje el padre Merceron desde Panamá a Buenaventura y aquí en Cali estuvo algún tiempo; después se fué y no volví a saber de él.

En el viaje de Panamá a Buenaventura venía el señor José Ramón García (el Chapetón) que era amigo de mi padre. Un día destapó una botella de un magnífico vino que traía y nos ofreció una copa a mi padre, a mi hermano Jorge y a mí y también al padre Merceron. Este, cuando el señor García le pasó una copa de vino, le dió las gracias y le dijo que no tomaba, pero cuando ya las copas estaban servidas, le arrebató a mi hermano Jorge la que tenía en la mano y se la tomó.

El señor García se quedó perplejo al ver ese acto que él interpretaba como una grosería del padre Merceron. Después le explicámos que ese padre estaba loco y cuál era su manía, de lo cual no se había dado cuenta, pues por lo demás el padre Merceron era muy correcto y culto y de conversación muy agradable.

Luto en la familia.

En el mes de noviembre de 1879 tuvimos la pena de recibir la triste noticia de que había muerto el 11 de octubre nuestra querida tía Domitila (hermana de mi padre), la cual con su otra hermana Evarista, vivieron siempre en casa de nuestro padre y nos querían entrañablemente.

Nuestras dos tías tuvieron siempre una escuela mixta en la cual aprendieron las damas y caballeros más distinguidos de Cali. Allí aprendían a leer y escribir, nociones de gramática, aritmética, geografía y la doctrina cristiana que todos los discípulos tenían que aprender de memoria.

Mi tía Domitila tenía gracia especial para enseñar a escribir y tenía una linda letra. Todos sus discípulos salieron de la escuela haciendo una buena letra y todavía existen algunos de los que fueron sus discípulos. Lo raro era que mi tía Evarista que no tenía buena letra sabía enseñar a escribir y también sus discípulos sacaron buena letra.

Mi tía Evarista tuvo la manía de enseñar; nuestro padre le hizo dejar la escuela varias veces, pero pronto empezaba a recibir nuevos alumnos por complacer a un amigo o amiga, y cuando menos pensábamos estaban los corredores de la casa, que era muy grande, llenos de mesas y asientos de los discípulos.

Hasta pocos años antes de su muerte tuvo su escuela, ya en casa propia, y muchos de sus discípulos viven todavía y la recuerdan con cariño y gratitud, porque era de un carácter angelical y la bondad personificada.

Era imposible hacer esta narración sin hacer un recuerdo de mis muy queridas tías que tanto nos chisolearon y de las cuales la última fue mi madrina de bautismo y siempre me distinguló con su cariño y al morir me dejó parte de la casa en que vivió, la cual le obsequió su hermano el doctor Primitivo Sinisterra.

Algún tiempo antes de morir, por insinuación de mi padre volvió a vivir con nosotros y alquiló la casa que tenía en la carrera 6.^a

Muere mi hermano Rafael.

En 1880 mi hermano mayor Rafael no volvió al seminario y se fué a la ciudad de Liberia, de la cual era gobernador mi tío el general Carlos Patiño, el cual le dió una buena colocación a su lado.

El padre Bernardo Thiel que ya había sido pre-

conizado obispo de Costa Rica, le tenía gran cariño a mi hermano Rafael y le había dicho que al ser consagrado obispo lo llamaría para darle un buen empleo en la curia, pues mi hermano era muy inteligente y había terminado sus estudios en el seminario mayor.

Nombró el presidente de Costa Rica al general Patiño superintendente del ferrocarril en construcción de Puntarenas a la capital y con ese motivo se vino con la familia a Puntarenas y con ellos mi hermano Rafael.

En el mes de septiembre recibió un telegrama el padre Thiel avisándole que Rafael estaba malísimo en Puntarenas con fiebre amarilla. Inmediatamente el padre Thiel emprendió viaje a Puntarenas llevando a mi hermano Enrique, pero cuando ellos llegaron ya Rafael había muerto y su cadáver fue llevado a la población de Esparza (después Esparta) donde fue sepultado. Ya se puede suponer cómo quedaríamos de angustiados mi hermano Jorge y yo.

El padre Thiel y mi hermano Enrique supieron la muerte de Rafael en el trayecto de Esparta a Puntarenas llamado La Barranca, donde se encontraron con el general Patiño. Al saber la noticia regresaron a Esparta. Allí le dió tío Carlos al padre Thiel una magnífica mula de su propiedad para que regresara a San José.

El padre Thiel le dijo a mi hermano Enrique que se quedara en Esparta y se fuera más tarde y que al llegar a Alajuela se fuera a dormir a la casa cural, pues él lo dejaría recomendado al cura para que lo atendiera.

Al llegar Enrique a la casa cural encontró que había gran movimiento de gentes como había en toda la población. En la casa cural estaban ensayando una misa solemne de requiem.

Más tarde supo que había muerto una de las hijas del general Guardia, y que al día siguiente llevarían el cadáver a San José.

El tren en que llevaron el cadáver iba lleno de personajes notables, civiles y militares, el cuerpo diplomático, varios sacerdotes y gran acompañamiento. Los coches del tren estaban enlutados. En dicho tren le tocó viajar a San José a mi hermano Enrique.

Ya que trato de entierros, voy a hablar de la costumbre que había en aquella época en San José para los entierros, y digo en aquella época porque no sé si haya cambiado.

Entre nosotros se da el toque de campana que llaman doble, y antes y al final se dan dos clamores si el difunto es mujer, tres si es hombre, cuatro si es un sacerdote, cinco cuando es un fraile, para los obispos se dan cincuenta y cuando muere el Papa cien.

En Costa Rica, según las categorías y las posibilidades pecuniarias del difunto, se dan los clamores, pues cada clamor tiene su estipendio; así es que al contratar el entierro se dice con cuántos clamores se quiere, de manera que por los clamores no se puede saber si el muerto es hombre o mujer, como sucede aquí.

En los entierros, durante la vigilia y la misa distribuyen a los concurrentes velas de esperma más o menos grandes y más o menos lujosas: esas velas van enlutadas con una espiral negra pintada en la vela o con una cinta de raso negra y angosta, también en forma de espiral.

Los concurrentes encienden sus velas y las colocan en el pavimento. Al salir, el dueño de la vela puede llevársela o dejarla, pues hay gentes que van a los entierros para recoger las velas que otras personas dejan.

En una ocasión me llamó la atención al pasar por la catedral el número de clamores que tocaban en las campanas, y que la iglesia estuviera llena de gente.

Supe que se trataba del entierro de una negra vieja que había sido desde niña sirvienta de la familia Echeverría, que era de la aristocracia josefina y gente muy rica; pero eso no explicaba el motivo de un entierro tan suntuoso para un sirviente de la casa.

Estando niña la negrita de mi historia, cayó gravemente enfermo uno de los hijos del señor Echeverría y murió pocos días después.

Pusieron el cadáver en la casa en cámara ardiente y la negrita que era compañera de juegos del muerto no se separó un momento del ataúd.

Entró un sacerdote a rezar unos responsos al joven difunto.

Al aspergiar el cadáver con agua bendita cayó una gota en los labios del muerto. El niño Manuel no está muerto! gritó la negrita. El niño Manuel está vivo! Le preguntaron por qué decía eso y explicó:

—Al niño Manuel le cayó una gota de agua bendita en la boca y yo le ví mover los labios!

Volvieron los médicos y efectivamente vieron que el joven no estaba muerto.

Así, pues, la negrita salvó al joven Echeverría de haber sido enterrado vivo y se crió y vivió en la casa de éste muy mimada de toda la familia, hasta que murió ya anciana. El suyo fue el suntuoso entierro que tanto me llamó la atención.

Enfermedades.

Estando en el seminario, un día amanecí con una fiebre muy alta, un fuerte dolor de cabeza, dolor en todo el cuerpo y no pude levantarme.

Llamado el médico, me examinó y diagnosticó sarampión y dijo que debía aislárseme para evitar el contagio a los demás alumnos.

Acababan de comprar los padres lazaristas una casa contigua al seminario, la cual demolieron en parte para hacer un amplio patio de recreo, del cual carecía el seminario. Quedaron sin demoler unas piezas que después arreglaron para el seminario mayor. A una de esas piezas me trasladaron y allí tuve que permanecer completamente solo hasta que el médico declaró que ya no había peligro de contagio.

Ese aislamiento duró más de 15 días y yo no veía más que al médico que iba diariamente y al sirviente que me llevaba la comida, pues ni a mis hermanos les permitían visitarme.

Estando yo de unos 10 años, me dió el sarampión en Cali en una fuerte epidemia que hubo, en la cual les dió también a todos mis hermanos.

Yo había oído decir que esa enfermedad no repetía y así se lo hice saber al médico, pero éste sostuvo su diagnóstico, y fue el único caso que se presentó en el seminario.

Desde muy pequeño sufrí de dolores de muela y era muy valiente para resistir las extracciones, que eran entonces con dolor y a veces con mucho dolor, pues no se conocían los anestésicos.

Estando en el seminario, me empezó a doler una muela del maxilar inferior izquierdo. Pedí permiso al rector para ir acompañado de alguno de los padres donde un dentista. Estaba también con dolor de muela Manuel Monge, que era uno de mis más íntimos condiscípulos, y el rector ordenó al padre Jenaro Marino que nos llevara donde un dentista.

El mejor dentista que había en San José era un

alemán de apellido Van Patten. Era un viejo de alta estatura y flaco.

Cuando íbamos a la dentistería, Monge me dijo:

—Eso sí, yo me hago sacar primero la muela, porque si tú gritas no hay ni peligro de que yo me la deje sacar.

—Yo nunca grito cuando me sacan muelas, le contesté, pero puedes hacerte sacar la tuya primero.

La muela que le dolía a Monge estaba floja y era de una sola pata; sin embargo, cuando se la extrajo el dentista pegó un berrido como si lo estuvieran matando.

Me tocó el turno y Monge se situó al frente de la silla. Le señalé al dentista la muela; éste la tocó con el dedo como para saber si estaba floja. Me hizo recostar la cabeza, y con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, me sujetó la cabeza apoyando los dedos sobre el maxilar superior. Introdujo el gatillo, agarró la muela y empezó a quererla mover y a dar tirones. Monge que estaba al frente hacía mil muecas, sobre todo cuando el dentista daba un tirón. Diez y seis tirones dió el dentista. Al último sentí como si me hubieran arrancado la cabeza. Sacó el dentista el gatillo y me dijo:

—Esto es lo mejor que ha podido suceder, pues la muela tenía tres patas agarrando el hueso de la quijada y al extraerla se vino con un pedazo de hueso. Es usted muy valiente, pues le tuve que dar 16 tirones para extraerla. En el sitio de la muela quedó un hueco enorme; el dentista empapó un gran trozo de algodón en un líquido verde y me taponeó el hueco. Este algodón no se lo quite, me dijo, y viene todos los días para cambiárselo hasta que esté sano. Así lo hice.

Durante tres días me quedó en las mejillas la se-

ñal de los dedos del dentista, que tenía una fuerza brutal, y el hueso de la extracción me quedó a perpetuidad.

Como el padre Marino contó en el seminario la extracción de mi muela, admirando mi valor, en el primer recreo los muchachos me rodearon, pues todos querían ver la muela que el dentista me entregó y también las señas de los dedos del dentista y el hueso de la extracción.

Ignacio Guevara, que siempre que se presentaba la ocasión quería hacer saber que los caucanos éramos valientes, les decía a los muchachos: Eso es para que vean lo que son los caucas.

Magnífica donación al Seminario.

Una acaudalada dama josefina, cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo, había hecho construir fuera de la ciudad, por los lados de la estación del ferrocarril, un gran edificio moderno, todo de ladrillo y de un solo piso, el cual ocupaba más de una manzana. Este edificio fue construido con el objeto de fundar en él un asilo de ancianos, pero en el año de 1880 la dueña del edificio resolvió regalarlo a los padres lazaristas para el seminario menor. (1)

En las vacaciones de 1881 nos pasámos al nuevo local, en el mes de febrero, el rector y profesores del seminario, la servidumbre del mismo y mi hermano Jorge y yo, que en las vacaciones continuábamos internos. Ya mi hermano Enrique había regresado a Colombia.

(1) La dama era doña Eduvigis Alvarado de Mora. Los esposos Mora Alvarado, que no tenían hijos, hicieron construir el edificio de que se habla aquí, para los niños sin padres. Yo creo que el Seminario gozó simplemente de un usufructo temporal, durante el tiempo en que tuvo alquilada su casa propia a la Universidad de Santo Tomás. En todo caso, el edificio en cuestión es hoy del Hospicio de Huérfanos de esta ciudad.

Inesperada llegada de mi padre.

En San José en la oficina de correos, se anunciaban siempre los vapores que llegaban a Puerto Limón y Puntarenas, con la lista de pasajeros que traían.

Yo tenía la costumbre de ir al correo para saber si había llegado algún vapor, pues con seguridad nos llegaban cartas de Colombia. Fui al correo y había llegado el vapor Colima, pero no vinieron las deseadas cartas. Leí las listas de pasajeros y entre éstos venía uno llamado Simón Sinesteno.

Nunca me figuré que ese pasajero fuera mi padre, cuyo apellido habían equivocado. Me regresé al seminario y al llegar tuve la grata sorpresa de saber que mi padre acababa de salir en mi busca con mi hermano Jorge, pues había ido al nuevo local y no me había encontrado. Volví a la población y afortunadamente en el antiguo local del seminario encontré a mi padre que había resuelto esperar allí hasta que yo llegara.

Mi padre quiso sorprendernos y por eso no nos avisó de Puntarenas su llegada. Nos dijo que venía a llevarnos a Colombia y que por casualidad se había visto con nuestro hermano Enrique en Panamá, pues él venía acompañando a la esposa y familia de tío Carlos Patiño, que se había quedado en Costa Rica como superintendente del F. C. de Puntarenas a San José en construcción y que en ese entonces llegaba a la población de Esparta.

Como mi padre tenía que permanecer en San José algunos días y estábamos en vacaciones, el padre Malezieux tuvo la fineza de invitar a mi padre a que pasara esos días en el seminario con nosotros y así lo hizo.

Cuando anunciaron el regreso del vapor Costa Rica salimos de San José con dirección a Esparta, llegando a esa población tres días antes de la fecha en que debía llegar el vapor. Allí residía tío Carlos. Quisimos seguir a Puntarenas, pero mi tío le dijo a mi padre:

—El día que salga el vapor yo les pongo un tren expreso si hay necesidad.

Así lo hizo, pero cuando llegamos al puerto ya el vapor había levantado anclas y salía del puerto. Así, pues, teníamos que permanecer en Puntarenas o Esparta 15 días mientras llegaba otro vapor.

Un paisano nuestro, el doctor Marichal, de Cartagena, sí se embarcó para Panamá en el vapor Costa Rica, que nos dejó a nosotros.

Se resolvió que nos volviéramos a Esparta y allí permanecemos hasta que llegó el vapor Colima, en el cual seguimos a Panamá.

Como tío Carlos tenía que ir casi todos los días a Puntarenas, yo, que me aburría mucho en Esparta, siempre lo acompañaba, unas veces hasta Puntarenas, y otras me quedaba en la Barranca.

En ese sitio había un gran viaducto de pilotes de madera, por el cual pasaban los trenes. Ese viaducto era altísimo, en curva y daba miedo pasarlo. Los pasajeros se bajaban del tren y a pie pasaban por «La Barranca» para volverlo a tomar donde terminaba el viaducto, que tenía por lo menos cuatro cuerdas de largo.

Como cuando uno está muchacho no le tiene miedo a nada, yo quise darme cuenta de la sensación que producía la pasada del viaducto en el tren. Hice como que me bajaba, para que no se diera cuenta mi tío, y me quedé en el tren.

Cuando el tren continuó su marcha y entró al

viaducto, me pesó el ensayo, pues en los vagones se sentía la sensación de que el viaducto trepidaba y se movía de un lado a otro, como un puente colgante. El tren iba allí sumamente despacio, así es que se me hizo eterno el trayecto y no vine a resollar sino cuando paró el tren en el otro extremo del viaducto.

Ese viaducto era una obra atrevidísima, y según me informaron el proyecto era hacer un gran relleno para tapar el viaducto, pero después hicieron un nuevo trazado y quedó abandonada tan costosa obra.

Un suicidio.

La víspera del día en que deberíamos embarcarnos en Puntarenas, llegamos a ese puerto y allí pernoctamos, temiendo que nos pasara otro percance y perdiéramos de nuevo la salida del vapor.

Acabábamos de comer en el Hotel Puntarenas, cuando llegó la noticia de que un joven Bolandi se había suicidado en una casa cercana al muelle.

Como de ese apellido tuvimos un condiscípulo en el seminario, acompañados de un joven colombiano que estaba en el hotel, fuimos al lugar del acontecimiento.

Nos hicieron entrar. El suicida estaba acostado en una cama, revolcándose en ella y quejándose; pero no hablaba.

En ese momento llegó un sacerdote y todos los que estábamos en la pieza del suicida nos retiramos.

Nos informaron que ese joven Bolandi dió mucho quehacer a sus padres, hasta que resolvieron colocarlo en un buque mercante como marinero, con orden de no permitir que desembarcara en ningún puerto.

Ese joven fue el mismo que en el vapor Costa Rica, antes de llegar a Puntarenas, al saber que iba-

mos a San José, me recomendó una carta para su familia, la cual entregué por conducto del señor Adolfo Calderón.

Habían transcurrido más de dos años y no había vuelto a saber de ese joven, y su hermano que estaba en el seminario nunca me habló de él.

Se había dado un balazo mortal en la cabeza y esa misma noche murió.

Llegó el vapor Colima y en él seguimos a Panamá, sin haber tenido novedad ninguna en el viaje, excepto un gran susto que nos metieron a los pasajeros con un simulacro de incendio.

Al llegar a Panamá supimos que al vapor Costa Rica, en que debimos venirnos, lo cogió un violento temporal y estuvo a punto de naufragar; esto nos lo contó el paisano Marichal, a quien todavía no le salía el susto del escape de naufragio que tuvo, y el vapor Costa Rica quedó tan averiado que lo encontramos en Panamá, en donde lo estaban reparando, y se estuvo allí más de un mes.

Así, pues, nuestra llegada tarde a Puntarenas nos libró de un susto peor que el que tuvimos en el vapor Colima con el simulacro de incendio.

En Panamá llegamos al mismo hotel de la señora Simona Chari, en el cual estuvimos en 1879 cuando íbamos para Costa Rica. Allí esperamos que saliera algún vapor para Buenaventura.

Zarpó el 18 de marzo el vapor Casma, de la Pacific Steam Navigation Co., que era uno de los peores que tenía esa compañía y en él hicimos el viaje a Buenaventura, sin que ocurriera nada digno de contarse, en la travesía.

En Buenaventura el patrón Mercado nos consiguió el boga que debía llevarnos a Córdoba y dió la ca-

sualidad que éste fuera el mismo negro Cotico que ya conocíamos.

En Córdoba encontramos las bestias en que debíamos hacer el viaje a Cali.

El 27 de marzo de 1881 llegamos a Cali, después de dos años y 20 días de ausencia.

(Las llamadas a pie de página son nuestras.)

Notas del Director

La España no contaminada por el internacionalismo de Moscú, la España heroica, sacudida por el sano instinto de conservación de su personalidad histórica, se ha lanzado a la revolución contra un gobierno que no es su gobierno propio y natural.

¡Que triunfe definitivamente la España no descastada!

Su salvación hay que desearla primero por España y luego por todas las otras naciones invadidas por los emisarios de Moscú y en trance de perder su autonomía.

* * *

El problema de las relaciones con los soviets ha estado agitando la opinión pública en Suiza.

Para resolver tal problema, no es preciso entrar en consideraciones muy hondas. Mantener relaciones oficiales con un gobierno que se propone extender en todo el mundo la revolución proletaria y que organiza con ese fin su propaganda y su intervención valiéndose de todos los medios y recursos posibles, equivale a entregarse, atado, al invasor.

¿Porqué da tanto precio el gobierno soviético al reconocimiento de Suiza? No es a causa de la fuerza militar ni de la potencia económica de este pequeño

país. Es por su situación central en Europa y también porque el Marxismo de Moscú no desprecia ya las *victorias morales*. Si Suiza, que en 1934 habló en nombre de la consciencia universal, otorgara hoy a los soviets el *satisfecit*, éstos se sentirían aliviados. Y Georgia perdería el más valiente defensor de sus derechos. *Georgia* ha sido la palabra terrible con que se le ha cerrado la boca a Litvinoff cada vez que se ha atrevido a hablar de imperialismo o de respeto a los tratados o de pacifismo.

Quiérase o no, el sovietismo irá reformándose poco a poco, fuéramos del cuadro marxista, por razones morales.

No pienso que todo sea mentira en la próxima nueva constitución de la U. R. S. S. Hay artículos del proyecto que no se prestan a escamoteos. Ejemplos:

Artículo 132. «El servicio militar es un deber de honor.»

Artículo 133. «La defensa de la patria es un deber sagrado.»

¡Que Suiza, Holanda y las otras naciones que hasta ahora han sabido defenderse, perseveren en el cumplimiento de ese *deber sagrado* de que hablan los mismos enemigos jurados de todas las patrias!

* * *

La Dotación Carnegie para la Paz ha hecho traducir al español y repartir el precioso libro de Norman Angell intitulado *La Paz y el Pueblo*. El ilustre autor lo ha escrito después de hacerse esta pregunta: «Suponiendo las peores condiciones; suponiendo que ciertas naciones estén decididas a hacer la guerra, que sus declaraciones de paz no valgan ni el papel en que están escritas, y que la Sociedad de las Naciones sea un desierto o una farsa: suponiendo

todo esto, ¿qué resulta? ¿qué hemos de hacer? ¿qué política seguiremos que no aumente el peligro en vez de aménorarlo?»

Y el lector llega a la conclusión de que urge organizar la Sociedad de Naciones como está o debiera estar organizado el Estado en cada nación: para impartir justicia y mantener la paz.

A otra conclusión llega también: a la misma a que conducía el anterior famosísimo libro del mismo autor, *La Grande ilusión*: es anticuada y errónea la interpretación marxiana popular de la relación entre la guerra y el capitalismo. «Yo estoy por la sencillez a todo trance, dice Norman Angell; pero la proposición marxiana de que el capitalismo, o la propiedad, es la causa única o principal de la guerra, es sencillez errónea y desconoce fuerzas psicológicas y políticas que no pueden desconocerse, si se quiere entender el problema, y que por sí mismas desmienten la proposición mencionada.»

Estoy seguro de que el lector irá más allá todavía y quedará convencido de que la propiedad es una fuerza en favor de la paz.

* * *

El conocidísimo periodista político americano, Samuel G. Blythe, hizo el 18 de julio esta vibrante afirmación:

«La más ruidosa y vocinglera de las exhibiciones de politiquería que haya contemplado hasta la fecha el pueblo de los Estados Unidos, dió término hace pocos días con la clausura del congreso del partido demócrata, convocado con el fin de elegir a sus candidatos para la presidencia y vicepresidencia del país. Ha terminado dicho cónclave exactamente en la forma en que todo el mundo sabía que terminaría,

en la forma preconcebida y estudiada y de acuerdo con los horarios y planes establecidos al efecto. Franklin Dálano Roosevelt ha sido elegido nuevamente candidato a la primera magistratura, y John Nance Garner a la vicepresidencia.»

«Concurrí igualmente a la reciente reunión del partido republicano, que tuvo lugar en Cleveland y donde se eligió candidato a la presidencia de la nación al gobernador Alfred Landon, del Estado de Kansas. Comprobé allí que el movimiento iniciado el año anterior en Springfield en forma difusa se había concretado, había tomado forma y tenía por objeto reamericanizar a los Estados Unidos y devolverlos a los norteamericanos. Están de más los detalles. El gran ideal básico, el gran motivo de la cruzada es derrotar a Roosevelt. El símbolo de la cruzada es el gobernador de Kansas. Podría haberlo sido cualquier otro, de cualquier parte de la Unión, pero el hombre elegido habría sido siempre un símbolo. Un símbolo levantado por el pueblo de los Estados Unidos en la batalla que ya ha empezado, por salvar a la nación de las maquinaciones de los teóricos pseudo-economistas, de los «poseurs», de los representantes del colectivismo, de los partidarios de la centralización de la autoridad, de los falsos idealistas y de los aprovechados patriotas a sueldo que tienen actualmente en sus manos los destinos del país.»

* * *

En toda América, desde el Canadá hasta la Argentina, viene perdiendo simpatías Francia, por la actitud de sus políticos y diplomáticos ante la guerra contra Abisinia y ante la revolución española. Es tan triste la hora de Francia, que uno de dichos diplomáticos ha llegado hasta decir con infinita torpeza:

¿De qué le sirven a Francia las simpatías de los débiles?

* * *

De un telegrama de 24 de junio, en que eran transmitidas las principales partes del discurso que acababa de pronunciar el ministro de guerra inglés, Duff-Cooper, recorto este trozo:

«Todo lo que creímos fielmente antes, se cubre hoy de ridículo. Se nos dice que el individuo ya no cuenta en lo absoluto, y que solamente importa la raza. En este mismo instante se predica en Europa que la libertad es un falso ideal y que obedecer a la fuerza es la más noble actividad humana. Tales prédicas no son nuevas, son tan viejas como la tiranía misma, y son completamente ajenas a la civilización occidental. Finalmente se predica que la guerra misma es cosa deseable y que el espíritu juvenil debe impregnarse con el ideal; que luchar contra sus semejantes es cosa propia de la naturaleza humana, y que la muerte en el campo de batalla debe ser nuestra suprema ambición. Para nosotros tales ideales son detestables. Creemos que encierran peligros enormes, y que si los permitimos triunfar, serán una calamidad para el mundo.»

¡Muy bien! Pero Inglaterra parece entumecida. Habituada a llegar de última, ¿no le estará cogiendo demasiado tarde esta vez?

* * *

Hubert Bourgin, agregado de la Universidad y doctor en letras, acaba de publicar en Francia un pequeño libro muy importante para quien desee tener en breve una idea acertada de las cuestiones sociales.

Bourgin fue arrastrado, como yo, por la corriente socialista, bajo la influencia de Jaurés y de su medio, «hombre y medio incomparablemente superiores a sus equivalentes de hoy». Sus talentos, la experiencia y el estudio combinados lo han colocado después en su actual posición. El libro se llama *Socialisme, Anarchisme, Communisme*. Véase el siguiente fragmento que traduzco como muestra:

«Es tiempo de darse cuenta exacta de lo que es, de hecho, la nacionalización. La nacionalización es la apropiación por la nación. Pero la nación, por sí misma, no es apta para la gerencia de los bienes de que es propietaria. El gerente de los bienes nacionales o nacionalizados, es el Estado. El régimen efectivo de la nacionalización depende, pues, de la forma del Estado.

«Hoy no hay en las sociedades civilizadas sino dos formas de gestión por el Estado: el estatismo o el soviétismo. El estatismo es el sistema de gestión mediante funcionarios públicos, representantes y agentes del poder central. En este caso la nacionalización es realizada por un funcionalismo universal dirigido por un poder centralizado, con tendencia a convertirse en dictatorial. El soviétismo es el régimen de gestión mediante consejos, sindicales o políticos, que representan o se dicen representar a los trabajadores mismos. En este caso la nacionalización se realiza por la intervención perpetua de los trabajadores o de sus directores políticos, en la gestión y aun en la organización del trabajo.

«Así, según la forma constitucional y política del Estado, la nacionalización conduce a la restricción, transmitida desde arriba o desde abajo, es decir, a un régimen igualmente contrario al rendimiento y a la libertad del trabajo. En ambos casos, el régimen, suprimiendo la independencia de los trabajadores, obli-

ga a la comunidad a pérdidas y a gastos enormes y crecientes».

* * *

Georges Duhamel acaba de entrar a la Academia Francesa. Su elección ha sido muy aplaudida. De su hermoso discurso tomo la siguiente frase:

«Sometido al deber social, pero firme en su doctrina, el individualismo, solo, hoy como siempre, hoy mejor que nunca, permite darle crédito al hombre y no desesperar».

* * *

El amor y el pensamiento entre los animales y entre las gentes es el título del libro que el famosísimo Dr. Serge Voronoff dedica a los lectores «que son buenos con los animales». Habiendo tenido ocasión de observarlos de cerca, el Dr. Voronoff sostiene que los animales poseen una vida mental casi tan variada como la del hombre, desde los celos, el orgullo, la alegría, la tristeza, la simulación, etc., hasta el instinto de propiedad y la noción de justicia.

* * *

En los primeros días de julio se reunieron en Heidelberg los representantes de las universidades de 30 naciones para celebrar los 550 años de la más antigua universidad de Alemania. M. Rust, Ministro de Instrucción Pública del Reich, pronunció un discurso de una claridad meridiana. ¿Qué impresión habrán causado en las altas personalidades científicas presentes, declaraciones como la siguiente, que a mí me estremece?:

«La vieja concepción de la ciencia, fundada sobre la fe en el derecho soberano de la razón abstracta,

ha muerto. La ciencia nueva difiere profundamente de esa concepción del conocimiento, que veía su propia dignidad en la extra-temporalidad de su aspiración a la verdad. La autonomía y la libertad verdaderas de la ciencia consisten en el hecho de ser el órgano espiritual de las fuerzas que viven en el pueblo».

¡Y esta barbaridad ha sido dicha en Heidelberg por el Ministro de Instrucción Pública del Reich!

La vieja concepción no ha muerto: es la única concepción posible de la ciencia. «La ciencia nueva» no es ciencia; es otra cosa, que tampoco es nueva y que tiene su nombre propio.

* * *

Del sábado 6 de junio al sábado 13, estuvo la ciudad de Ginebra sometida a un ensayo de circulación en silencio. El público fue previamente aleccionado. A los peatones se les recomendó la prudencia, invitándolos a no atravesar una calle sin estar seguros de poder hacerlo sin peligro. A los conductores de vehículos se les previno que debían circular con mucha prudencia, adaptando la velocidad a las condiciones de la ruta y de la circulación, etc. Según *La Tribune* de Ginebra, el resultado del experimento ha sido mejor de lo que se esperaba. Durante la semana de silencio hubo 39 accidentes, mientras que en la semana inmediatamente anterior había habido 67. La mala nota la obtuvieron los motociclistas por su brillante malacrianza, los ciclistas por su indisciplina y las señoras de edad por su refunfuñadera.

* * *

He recordado en otro lugar la expresión de Schopenhauer: *el ruido es el verdadero asesino del pensamiento*. Voy a citar ahora el nombre de otro ilustre

escritor enemigo declarado del ruido: Thomas Carlyle, crítico literario e historiador, de la primera parte del siglo pasado. Su casa, situada en un barrio retirado, en Londres, es hoy el Museo Carlyle. El visitador puede ver los costosos esfuerzos hechos por el gran escritor para aislar su cuarto de trabajo y puede leer la correspondencia en que constan los disgustos que le daban los vecinos. Carlyle se quejaba hasta de uno que se «lavaba y bañaba muy a menudo y con demasiada bulla».

Volviendo a Schopenhauer, repasemos algunas de sus palabras:

«La tolerancia universal hacia el ruido inútil es un signo directo de la vulgaridad universal y del vacío de ideas de los cerebros».

«En cuanto a mí, alimento desde hace largo tiempo la idea de que la cantidad de ruido que un hombre puede soportar sin incomodarse, está en razón inversa de su inteligencia, y puede, por consiguiente, dar la medida de ésta. Por eso, cuando oigo en el patio de una casa perros que ladran durante una hora sin que los callen, sé a qué atenerme respecto a la inteligencia del propietario. El que habitualmente golpea las puertas en vez de cerrarlas con la mano, o el que tolera esto en su casa, es no solamente un hombre mal educado sino también una naturaleza grosera y limitada. *Sensible*, en inglés, significa igualmente inteligente, y esta acepción procede de una observación muy fina y muy justa. No seremos completamente civilizados hasta el día en que también los oídos sean liberados y en que no se tenga más, a mil pasos a la redonda, el derecho de turbar la consciencia de un ser que piensa, con silbidos, gritos, aullidos, latigazos, martillazos, ladridos, etc., etc.»

Por ironía, se da el nombre de *leyes de orden público* a las leyes dictatoriales, que emite un poder excediéndose de sus facultades: son las leyes que desquician el orden: con ellas se sale del Derecho y se entra en la arbitrariedad.

* * *

Obligado a estar en relación con muchos de los extranjeros que llegan al país, no me ha hecho ninguna gracia el oírles referir últimamente sus malas impresiones respecto a nuestras aduanas. Según dicen, la inspección de los equipajes se hace con dureza y mal modo. La urbanidad representa un gran papel en todas las oficinas públicas, pero en ningunas es tan indispensable como en aquellas encargadas de recibir a los viajeros. Más que las bellezas naturales de un lugar, se graban en la memoria del viajero las atenciones y el buen trato de sus moradores. En una aduana hay que ser desconfiado, pero sin dejar notar la desconfianza. Hay que ser complaciente y no caer nunca en una ridícula mezquindad injustificable.

* * *

Dice Henry Ford:

«Creo que si comprendiéramos lo provechoso del canto, todos seríamos más felices y más sanos. El que pueda cantar, por poco que sea, debe hacerlo diariamente: es uno de los ejercicios más saludables.»

Da el consejo un hombre que tiene 72 años y goza de magnífica salud.

* * *

¿Incoherencias de fondo y redacción atropellada? ¡Síntoma grave! Esto habrá de exclamar quien lea el *Diario Oficial* de Costa Rica. Arrestos de depuración

que se detienen en la superficie, legislación profusa—que jamás ha sido buena en país alguno—: se nos está agriando el vino.

En una página del Diario se reconoce que la inmensa mayoría de nuestros campesinos andan descalzos; se reconoce el peligro de los pies desnudos en nuestras tierras; se recomienda a los maestros de escuela la propaganda del calzado, . . . y en la otra página se ataca la libertad de industria y se prohíbe casi la fabricación del calzado mediante máquinas, estableciendo un impuesto de ₡ 7.00 por cada par de zapatos para hombre no hechos a mano. En una palabra, se pide a los campesinos que sacrifiquen sus escasas entradas y usen calzado estilo prehistórico, todo en beneficio *aparente* de un minúsculo gremio de obreros, que venderán caros sus zapatos, pero no ganarán más que antes, en virtud de leyes económicas que están por encima de las leyes de los Gobiernos.

Esto de los zapatos es un «pecado menudo» que no debe afligir a nadie. Cuanto más mal hecha esté una ley tanto menor es su eficacia.

Aquí va otro ejemplo, de otro tipo: el decreto N.º 60 de 11 de agosto:

«Art. 1.º—Suspéndese por el término de cinco años a partir del primero de octubre próximo, el servicio de amortización e intereses de los empréstitos autorizados por decretos legislativos números. 6.»

«Art. 2.º—Autorízase al Poder Ejecutivo para emitir hasta catorce millones de colones en bonos del Estado, que se denominarán *Bonos Refundición Deuda Interna, 6 % 1936* y serán destinados a canjear —a la par—por su valor nominal, los títulos de deuda creados en virtud de las disposiciones legales indicadas en el artículo anterior, a los acreedores que así

lo soliciten, y a cancelar a la par otras obligaciones de plazo vencido.»

«Art. 3.º.—Dichos bonos estarán exentos para siempre de toda clase de impuestos nacionales y municipales,»

Para siempre, hasta que en otra ocasión, con idénticas facultades a las que os adjudicáis hoy, dispongáis otra cosa.

Se ve que en nuestra Cámara hay hombres de negocios que yo no aceptaría para empleados de mi botica.

* * *

Las oficinas llamadas de salubridad o de protección social, confiadas por regla general a médicos, no a higienistas propiamente dichos, se han hecho famosas en todo el mundo por sus desaciertos. Nuestra Secretaría de Salubridad no se queda atrás. ¡Siguen los reglamentos! Ahora ha prohibido los establos y caballerizas dentro del perímetro de las ciudades. Quedan así excomulgadas muchas cosas a la vez: la *equitación urbana*, los *vehículos tirados por caballos*, etc. Entre esas cosas está *la leche al pie de la vaca*, es decir, la que se toma inmediatamente después de ordeñada (de vaca, de cabra, etc.), antes de que se altere fisiológicamente, alimento de primer orden, sin sustituto conocido para los niños y para ciertos enfermos.

21 de agosto de 1936.

APUNTES

INDICE DE AUTORES

Tomo III

Cuadernos 19 a 29 - 25 de febrero 1935 a 1.º de setiembre 1936

	<u>Página</u>
Academia Española	
Errores	320 - 368 bis
Anatole France	
Gritería que consterna	193
Acosta, Julio	
Hipocresía comunista.....	152
Astúa Aguilar, José	
La Escuela de Derecho.....	2
Azuela, Salvador	
Liberalismo y Universidad	434
Bainville, Jacques	
Divino capital.	423
Barthélemy, Joseph	
Estatismo	96 y 177
Dominio prohibido	229
Baumont, Germaine	
Espada de dos filos	41
Beran Wolfe, W.	
Tipos de mujeres	334
Blythe, Samuel G.	
Elecciones en EE. UU.	515
Boletín S. de N.	
Regolfos de petróleo	17
Borah, W.	
Principios vitales	124
Bourgin, Hubert	
Nacionalización	518
Boyd, Ernest	
Liberalismo	342

Bowden, G. F.		
Calificaciones escolares.....		101
Burgdorfer		
Población del globo		16
Caamaño, Carlos		
Liberalismo.....	95 y	96
Cambó		
Liberalismo.....		94
Caro, Víctor E.		
Armisticio, poema.....		45
Carrel, Alexis		
Funciones adaptativas		269
Deportes		309
Conn, J. H.		
Los sueños.....		336
Curzio Malaparte		
Técnica del golpe de Estado..		155
Chateaubriand		
Verdaderos héroes.....		274
Dewey, John		
Liberalismo.....		338
Duff-Cooper		
Ideas detestables		517
Duhamel, Georges		
Medicina - Individualismo	369 y	519
Einstein		
El individuo		u. p.
Fernández Ferraz, Valeriano		
Modernidad de lo antiguo		193
Ford, Henry		
El canto		522
Furnas, J. C.		
Tributo trágico del automovilismo.....	277 y	478
Gálvez, José		
Primera rosa de Lima		18

García Ortiz, Laureano	
Ancianos	290
Gemaehling, Paul	
No es superficial la inmoralidad	225
Greeff	
Centenarios	83
Hitler, Adolfo	
Alemania - Bolchevismo	188
J. L., O.	
La solución de Hartman	284
Jiménez Núñez, Ricardo	
Alimentos - Sol - Vitaminas	125
Jiménez Oreamuno, Ricardo	
Reportaje	74
De la Escuela de Derecho.....	114
Carta	297
Jiménez Rojas, Alfonso	
Del divorcio.....	7
Escuela de Derecho	15
Títulos profesionales.....	69
La reelección del Presidente.....	102
Conversaciones sobre elecciones.....	106 y 109
Conversación - El doctor Durán	159
Ensanche urbano sin previsión	199
Conversación en tiempo de elecciones	208
La lotería	251
Delito de perjurio	256
Casamientos forzados.....	326
Tratamientos oficiales prohibidos.....	441
Jiménez Rojas, Elías.—Pequeñas notas:	
Coerción justa - Fábrica Nacional.....	23
Tráfico	24 y 30
Cuestión de límites.....	25
Monumento a la madre	27
Música - Colores.....	28 y 29
Brain trust	33
El jurado - Función primordial.....	34
Ortografía.....	36
Academia Francesa	88
Cómo voto yo	76
Los comerciantes.....	72 y 77

Calificaciones escolares	81
Claudio Bernard	82
Voto de las mujeres..... 85 y	310
Daniel Domínguez	100
Programas de educación primaria	112
Loquor y eloquor	116
Estados Unidos.....	117
Restablecimiento de la Universidad.....	164
Maestras y escuelas	167
Universidad	170
14 de julio - Sufijo <i>ado</i>	171
Trato comercial	173
El cicatero	176
Fuerza viva	178
Turbulencia del viento.. .. .	179
Sobriedad, en el comer y en el leer	180
Enviciamiento del aire.....	184
Conversación en tiempo de elecciones	210
Roosevelt - Ford	213
Carrel - Lindbergh	217
Juguetes	220
Exégesis profana	223
Edgar Quinet	227
La peor dictadura	237
Protesta pendiente	bis 276
Observaciones médicas	271
Pesadilla europea.	272
La Sabana, puerto aéreo	268
Diccionario	298
Elecciones de 1936	295
Rousseau.	300
Ruido 185, 298, 308 y	520
Sociedad de Naciones 302 y	312
El uso	306
Manifestaciones de estudiantes	309
Humanismo.....	310
Proverbio de mujike	311
La instrucción	313
Los reportajes.	316
Richet.....	317
Acracia.	341
Unamuno.	344
Las oposiciones	346
Instrucción militar 361 y	365
Problema de los dientes.....	367
El oro 177 y	451

Solteros.....	421
Unidad del yo.....	412
Economía dirigida ..	417
La Escuela	443, 446 y 451
Liberalismo	224, 226, 414 y 449
Otras.....	71, 86, 186, 336, 437 y 513
Keith, Arthur	
Confesión	242
<i>La Sangría Incruenta</i>	
Médicos y pena de muerte..	121
<i>La Tribuna</i>	
Retornando al liberalismo.....	93
Laski, Harold J.	
Marxismo	351
Launay, L. de	
Papel social de los locos ..	97
Librecambista, un	
Historia de un ebanista.....	305
López de Mesa, Luis	
El atraco.....	275
El problema	290
Lorge, Irving	
Trabajo cerebral de viejo.....	476
Lumière, Augusto	
La verdadera puerta... ..	347
Roedores e insolación	174
Mackenzie, King	
Elecciones en Canadá	241
Madariaga, Salvador de	
Patriotismo universal	294
Maeterlinck.....	6 y 14
Marfil, Mariano	
Ingleses y franceses liberales	89
Marinesco, G.	
Pasteur, de novio.....	238
Marroquín Rojas, Clemente	
Sociedad de naciones..	301

Marteau, Jean		
El <i>Político</i> de Platón		321
Masaryk		
El hombre, fin del Estado		439
Maurois, André		
Los ingleses	292 y	337
Mauté, A.		
Desquite de la ensalada		87
Mounthe, Axel		
Los animales domésticos		293
Murray Butler, N.		
Marxismo		263
Mussolini		
Todos trabajamos		232
Nervo, Amado		
Alegrias de la vejez		1
Nietzche		
Los judíos ..		350
Norman, Angell		
Por la paz ..		514
Oficina de la Prensa georgiana		
El yugo de Georgia		419
Orthological Institute		
El inglés simplificado		205
Papini, Giovanni		
Paidocracia		37
Petaín, Mariscal		
El pacto franco-soviético		413
Pinaud, Guillermo		
Reportajes	109 y	120
Pitkin, Walter B.		
Las emociones		286
Pollock, Channing		
Sencillez de los grandes hombres		425
Raiberti, Juan		
El gato		233

Reymont, Arnold		
Bachillerato único		348
Richet, Carlos		
Casa al revés - La ciencia.....		182
El voto de los sarrenses.....		40
Roca, Joaquín		
La muerte del invierno		241
Rouffe, Marcel		
Memorias - Marxismo.....		274
Rougier, L.		
Límites del Estado		350
Rudolph, revolucionario		
U. R. S. S.		318
Ruffre, Walter		
El ruido.....		345
Sanín Cano, B.		
La guerra de Africa		295
Educación gregaria.....		110
Santayana, George		
Marxismo		339
Savary, León		
Testimonios dulzones		186
Schopenhauer		
El ruido.....		521
Simone, L. de		
Voz de aliento.....		416
Simonet, Roger		
Terremotos y asteroides.....		235
Sinisterra, Manuel		
Viaje a Costa Rica	396, 453 y	483
Soto Borda, Clímaco		
Hombreira.		163
Spencer		
Régimen de familia y Régimen de Estado.....		199
Staline		
Contra Marx		89
Strauss, David Federico		
¿Cuál es nuestro destino?.....		248

Twain, Mark	
Sara Bernhardt	432
Unamuno, Miguel de	
Educación e instrucción	122
Señoritos de la Revolución.. ..	99
Urdanivia, Fernando D.	
El terror	341
Uribe Escobar, Ricardo	
Vivir al día.....	234
Varona, José Enrique	
Individualismo	423
Vollmer, H. W.	
Las medicinas	333
Wiggam, A. E.	
¡Cómo Ud!	424
X	
La petulancia.....	230
Yglesias Hogan, Rubén	
Guillermo Pinaud	477
Zorrilla de San Martín	
Canción de cuna	319
Zúñiga Montúfar, Tobías	
El comunismo	262

El que piensa es el individuo y la idea es la que ha dado su fruto a la civilización. El individuo es el único que puede trazar nuevas normas que marquen el derrotero a seguir por las generaciones venideras. Sin mentalidades destacadas que piensen y creen individualmente, el progreso humano es inconcebible.

EINSTEIN